

Golnaz Hashemzadeh Bonde

Lo que fuimos

Traducción de Montserrat Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2018

Título original: *Det var vi*

© 2017, Golnaz Hashemzadeh Bonde

© 2018, de la traducción: Montserrat Triviño González

© 2018, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Publicado con el acuerdo de Ahlander Agency.

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-17128-47-0

Código IBIC: FA

DL B 16514-2018

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Noor Koriander

«Mi madre dijo: si pudieras considerar como atenuantes las circunstancias, me dejarías marchar más fácilmente».

ATHENA FARROKHZAD, *Vitsvit*

Siempre he llevado mi muerte auestas. Puede que sea un comentario muy trillado, una observación propia de los moribundos. Pero yo soy distinta a los demás, en eso y en todas las otras cosas; o, por lo menos, me gusta pensarlo. Y lo pienso, sinceramente. Lo dije cuando murió Masood. El tiempo que vivíamos era prestado. Se suponía que no teníamos que estar vivos. Tendríamos que haber muerto en la revolución. O en el periodo que siguió. En la guerra. Pero a mí se me concedieron otros treinta años. Más de la mitad de mi vida. Es un tiempo bastante largo, algo por lo que debo estar agradecida. Tan largo como la vida de mi hija. Sí, es una forma de verlo. Pude crearla a ella. Pero no me necesitaba durante tanto tiempo. Nadie me necesitaba, en realidad. El hecho de tener hijos hace que nos creamos necesitados, pero no es cierto. Todo el mundo encuentra la forma de apañárselas. ¿Quién dice que yo valgo más que los proble-

mas que he causado? No lo creo. No soy la clase de persona que da más de lo que coge. Debería serlo, porque al fin y al cabo soy madre. Mi trabajo es cargar con el peso, cargarlo en nombre de los demás. Pero nunca lo he hecho, por nadie.

–Le quedan como mucho seis meses de vida –me dice la bruja asquerosa.

Lo dice como si me estuviera comunicando una noticia banal, pero triste. Con el mismo tono de voz que usaba la educadora de la guardería para decirme que tal o cual niño había pegado a Aram. Un poco triste, un poco culpable. Y la bruja ni siquiera me mira mientras lo dice, se limita a contemplar la pantalla de su ordenador. Como si ahí estuviera la verdad, como si fuera la pantalla la que recibe el daño. Luego le empiezan a rodar lágrimas por las mejillas y baja la mirada hacia el regazo. Ahora la víctima es ella y necesita consuelo.

«¡Cállese!», quiero gritarle. ¿Quién es usted para decirme que me voy a morir? ¿Quién es para llorar, como si mi vida tuviera algo que ver con usted? Pero no grito. Esta vez no, lo cual me sorprende hasta a mí.

–Quiero hablar con su supervisora –le digo.

Se queda perpleja. Probablemente piense que mi reacción no es la habitual. Que yo también debería estar llorando.

–Ya sé que oír esto es... duro. Pero da igual con quién hable usted –dice–. El TAC, los resultados de las pruebas. Son irrefutables. Tiene usted cáncer. Y está..., está bastante avanzado.

Guarda silencio y me mira. Esperando que algo en mi rostro confirme que la he entendido. Pero no ve nada, y sigue hablando.

–Es un cáncer en estadio cuatro. Lo que significa que no le queda a usted mucho tiempo.

–¡Cállese! –le digo, ahora sí–. Soy enfermera, llevo veinticinco años trabajando en la asistencia sanitaria y sé que no le está permitido decirme algo así. Usted no tiene ni idea del tiempo de vida que me queda. ¡Usted no es Dios!

Se reclina en su silla, molesta. Debe de tener treinta y pocos años, y lleva el pelo recogido en dos coletas altas, de niña pequeña. Tiene la foto de un bebé sobre el escritorio. Muevo la cabeza de un lado a otro. No tiene ni idea de lo que sabe o no sabe.

Seguimos sentadas en silencio, hasta que ella se seca las lágrimas con la manga y se va. Sigo inmóvil durante un instante, luego cojo mi bolso y busco el teléfono. Tendría que llamar a alguien. Tendría que llamar a mi hija: «Hola, nena. Ahora tu madre también se va a morir».

Mierda. Intento escribirle un mensaje de texto a Zahra, pero luego lo borro. ¿Qué voy a decirle? «Hola, amiga, tanto luchar y ahora se acabó». No puedo.

Oigo dos voces que se acercan, las de la doctora y su supervisora. Se detienen frente a la puerta. Susurran. Es evi-

dente que en este hospital general no se enfrentan demasiado a menudo a la muerte. Están discutiendo sobre quién debería entrar a hablar conmigo. Lo entiendo. Tienen que seguir con su rutina, atender al próximo paciente, para que no se les acumule el trabajo. Lo último que les apetece es aguantar los insultos de una moribunda. Considero mis opciones. Tendría que levantarme y salir de aquí. Ahorrarles el mal trago. Ahorrármelo a mí. Cojo mi abrigo. Es rojo. Cojo mi bolso. También es rojo. Me miro las botas. Rojas. Todas las trivialidades que me importan o, mejor dicho, importaban. Me empiezan a temblar las manos y luego los hombros. Dejo caer el bolso al suelo, mientras intento contener el llanto que me sube por dentro. Y justo en ese momento abren la puerta. Entran, me miran. Me doy cuenta de lo mucho que les gustaría dar media vuelta y marcharse. No quiero asustarlas. Intento sonreír. Y entonces me invade. Lo que ellas no saben, lo que nadie en este puto país sabe, aunque sepan tantas otras cosas. Sobre dolor, pérdida y lucha. Empiezo a llorar. Lloro y lloro. Ella también llora, la primera doctora. Pobrecilla, se cree que tiene motivos para llorar.